

## ***TÍTULO DE LA COMUNICACIÓN: “El imaginario digital: la crisis económica, social y ética y el papel de la televisión en la España de hoy”***

Federico García Serrano. Universidad Complutense, Madrid.

### **1. IMAGINARIO DIGITAL Y TIEMPOS DE CRISIS**

La segunda parte del siglo XX y la transición al siglo actual se ha caracterizado, entre otras cosas, por la presencia y el papel relevante de los medios de comunicación en todos los grandes acontecimientos históricos, determinando un nuevo concepto de la actualidad que se confunde con un cierto imaginario de la realidad misma que vivimos. Aquella vieja idea de que nada es verdad hasta que no lo cuenta la televisión, ha convertido a las videotecas en el baúl imprescindible de nuestra memoria. Pero las imágenes que hoy nos ayudan a entender la Historia más reciente están no sólo archivadas en las videotecas sino también en la mente de todos, conformando el ideario colectivo de varias generaciones. Por citar sólo unos pocos arquetipos icónicos que están en la mente de todos: el asesinato de Kennedy, las guerras televisadas desde la del Golfo, la de Afganistán o la de Irak, la caída del muro de Berlín, el proceso de formación de la nueva Europa, los atentados del 11-S o del 11-M, la Primavera árabe, etc... todos los grandes acontecimientos históricos han poblado de imágenes compartidas el baúl de nuestra memoria colectiva.

En lo que más de cerca nos concierne, cabe señalar sobre todo el papel histórico fundamental que la televisión (y la radio) tuvieron en la España de la transición democrática (1975-1982). Los medios contribuyeron poderosamente al mayor cambio social de nuestra historia contemporánea, que sentó las bases de nuestro actual modelo de convivencia al amparo de la Constitución democrática de 1978. Para siempre, la televisión de la transición es un referente de la España de la transición, aunque para completar el álbum debemos incorporar a la fotografía de prensa y, singularmente, a la radio, que tomó todo el protagonismo ante el apagón de imágenes que vivimos en la jornada histórica del asalto al Congreso de los Diputados (23-F, 1981). Y aún después del 82, con la victoria del socialismo en las urnas, la televisión y los medios siguieron contribuyendo a la pedagogía del cambio, mostrando y representando con la normalidad de un electrodoméstico (la televisión), un cambio social y político sin precedentes en la Historia de España. Algo absolutamente excepcional fue mostrado en el contexto de la cotidianidad, lo cual sólo fue posible gracias a la existencia de los medios de comunicación social.

Hoy nos enfrentamos a una nueva transformación en las estructuras sociales y económicas de consecuencias difíciles de predecir. Se está operando un nuevo “cambio”, con determinantes económicas pero con profundas repercusiones sociales. Estamos sumergidos en una profunda crisis no sólo económica y social sino también ética y de valores, de modelos, de credibilidad en el sistema... Desde esta perspectiva, cabe preguntarse, dado el enorme influjo social de los medios y la responsabilidad que éstos asumen en el momento crítico que vivimos, si la renovada televisión digital de hoy está a la altura de las circunstancias... Lo que en cierto modo equivale a abrir la reflexión sobre cómo la evolución de las tecnologías está contribuyendo al desarrollo de los medios y en qué medida esta transformación tiene que ver con la función social (y por tanto, pedagógica) que cabe atribuirles. Podríamos concretar así nuestras preguntas en dos grandes grupos de interrogantes:

- Unas que afectan al análisis de la actualidad, en diferentes líneas de atención, por ejemplo: ¿Cuál está siendo el papel de la televisión? ¿Cómo se está contando la crisis? ¿Existe una pedagogía social de la crisis a través de la información? ¿Cuáles son las posiciones relevantes? ¿Cómo se está gestionando el desánimo de amplios colectivos sociales ante los problemas que les afectan? ¿Se sienten los ciudadanos representados en los medios? ¿Cuál está siendo la incidencia en los medios clásicos del nuevo universo

digital auto-gestionado (los blogs, las redes sociales, los nuevos periódicos digitales...) que han abierto un hueco poderoso a través de internet?

- Otras tienen que ver con nuestras convicciones y nuestros ideales, de las cuales cabría colegir un componente ideológico en la función social que atribuimos a los medios, atisbando el futuro, es decir, atendiendo a objetivos... La pregunta clave podría ser: ¿Cuál debería estar siendo el papel de los medios, públicos y privados, definidos como servicio público esencial, para ayudarnos, no sólo a entender, sino también a salir de la crisis?

Para la elaboración del *argumentario* cabe exponer y debatir muchas ideas. ¿Tal vez la televisión debería limitarse a mostrar con pluralidad, o tal vez también debatir, analizar, explicar, hacer pedagogía, propiciar una crítica constructiva, combatir el derrotismo, infundir ánimo a una sociedad deprimida? ¿Es ésta es una responsabilidad de los políticos que no debe trasladarse a los medios? ¿Pero es posible hacer todo esto sin contar con los medios? ¿Es posible proyectar esta responsabilidad a los medios de comunicación públicos sin abrir la caja de los truenos, esto es, acabando por justificar un cierto intervencionismo político sobre los medios?

En el caso español, en el que queremos centrarnos, sería bueno comenzar por los principios. Sobre todo a la luz de lo que dice el artículo 20.3 de nuestra constitución:

*La ley regulará la organización y el control parlamentario de los medios de comunicación social dependientes del Estado o de cualquier ente público y garantizará el acceso a dichos medios de los grupos sociales y políticos significativos, respetando el pluralismo de la sociedad y de las diversas lenguas de España.*

Con estas líneas no se pretende tanto establecer una línea argumental sino abrir o sumar argumentos a un debate necesario. Contribuir a la reflexión sobre el papel de la televisión y el sentido que estamos dando a la revolución tecnológica digital. En síntesis, buscar respuestas o caminos de respuesta a una sola pregunta: ¿Qué tenemos, a dónde vamos y qué cabe esperar de una televisión y unos medios digitales en los difíciles tiempos que estamos viviendo?

## **2. EL IMAGINARIO DE LA CRISIS**

Hace tan solo tres días<sup>1</sup> se ha clausurado en la cuna del castellano, en el Monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla, un Seminario Internacional sobre Lenguaje y Periodismo, en el que lingüistas y profesionales de la información han analizado y reflexionado sobre el lenguaje de la crisis. Hoy debatimos aquí en Valencia sobre la televisión de la crisis. Sin duda estamos ante dos encuentros que se complementan, condenados a interrelacionarse... En ambos casos, creo, nos ayudarán a reflexionar sobre la existencia de un universo de palabras y de imágenes que conforman esa especie de imaginario colectivo de la crisis que estamos viviendo. Definimos, explicamos, contamos, mostramos, denunciemos o justificamos, argumentamos la crisis de una manera concreta, con palabras e imágenes elegidas, o que alguien elige y elabora... no es un proceso espontáneo sino organizado, aunque si instantáneo por aquello de las exigencias de la actualidad, que va conformando involuntariamente un imaginario irreflexivo. En una sociedad madura y saludable intelectualmente cabría presumir que cada ciudadano reflexiona y ordena la información elaborando sus propios juicios con arreglo a su ideología, su experiencia y sus expectativas..., pero conviene recordar que muchos ciudadanos han cedido este papel a los medios. Por ejemplo, la televisión selecciona, informa, elabora, organiza los debates y canaliza los argumentos... podríamos decir que *la televisión piensa por los ciudadanos cuando los ciudadanos no piensan por sí mismos.*

---

<sup>1</sup> 16 y 17 de mayo de 2013

Hablar de imaginario colectivo, o digital, es también hablar de imaginario global; esa especie de sucedáneo de la realidad que suplanta a la realidad misma se construye en buena medida a través de los medios: ha difuminado todas las fronteras y nos ha instalado en el horizonte de la globalización. Hasta tal punto es así, que desde el Observatorio Internacional de la Crisis, insignes economistas y ensayistas, como el canadiense John Ralston Saul, han extendido el concepto y ya no hablan de crisis, sino de *colapso de la globalización*. Posiblemente, como ellos han señalado, nos enfrentamos a esto, al colapso o el fin de una era, de una etapa (tal vez de consecuencias comparables a lo que representaron en la antigüedad las maldiciones bíblicas o la caída del imperio romano, o en el pasado siglo el crack del 29 o la Segunda Guerra Mundial...). Lo que nos auguran para los próximos años una necesaria y profunda transformación de la sociedad en la que van a vivir nuestros hijos, que ya nacieron con el juguete de las tecnologías digitales en sus manos, que han vivido una infancia instalada en el bienestar y que deben afrontar la tarea de construir el futuro sin entender muy bien las causas por las que todo se está esfumando. Como dice el citado J. R. Saul, *la economía se ha convertido en asunto de ficción*, y como bien sabemos todos, la ficción encuentra su escenario natural en las pantallas de los medios. “*El dinero ya no representa nada real*”. La crisis parece un invento maldito de la televisión, es como un monstruo de la ficción que se ha salido de las pantallas para invadir nuestras vidas casi sin darnos cuenta, y no acabamos de entender bien cómo hemos llegado de repente a esta miseria... es como un mal sueño del que creemos que podremos despertar, o que cesará, como en *La rosa púrpura del Cairo*, cuando Woody Allen, o quién asuma el rol de director de la ficción se encapriche de sacarnos y llevarnos a una nueva pantalla, así es como sucede en los juegos informáticos...; o tal vez, instalados en ficción, esperamos un cierto prodigio que con la misma instantaneidad con la que llegó se esfume, como en cualquier película de acontecimientos caprichosos, tal vez cuando Godzilla haga al fin un pacto de convivencia con Bambi, que sin duda haría muy feliz a David Mamet que confrontó a ambos en el título de uno de sus libros más recientes...; o tal vez cuando Goodfinger, que persigue James Bond y que quiere adueñarse del mundo, ponga fin a este *thriller* de pesadilla y el mundo vuelva a ser una película de teléfonos blancos o tal vez de iPods de última generación...



elroto@inicia.es

Con su enorme humor e inteligencia visual, “El Roto” nos lo contaba así en una sola viñeta<sup>2</sup>, en la que un ciudadano cariacontecido se preguntaba ante la pantalla de su ordenador multifunción: *si la prosperidad era falsa, ¿cómo sabremos que la crisis es auténtica?* Nos hemos acostumbrado a

<sup>2</sup> <http://www.taringa.net/posts/humor/2165929/El-Roto---Imagenes-para-Reflexionar.html>

preguntas complejas sobre un mundo complejo al que accedemos a través de las pantallas, que nos muestran los problemas pero no las soluciones. Nos hemos, o nos han, acostumbrado a canalizar nuestras interrogantes a través de la televisión, esa ventana a una realidad tan mentirosa, que es la que nos muestra y nos hace entender o no entender las cosas del mundo.

Podríamos decir que ese imaginario de la post-globalización, esta película de la era digital, nos está dejando dos ideas muy claras que nacen de la confusión sobre las causas:

1. Mientras la sociedad democrática y social sufre, deprimida, se degradan nuestras formas de vida, mientras en los imperios financieros seres anónimos, llamémosle *goodfinger's*, hacen estallar la tormenta, o la burbuja, para proteger sus dineros de ficción moviendo los hilos del entramado financiero que enreda a los gobiernos y a los políticos... A través de la televisión nos llegan sus mensajes, que nos asustan con enigmas abstractos, primas de riesgo, intereses de la deuda..., nos hacen sentir como niños indefensos cuando los progenitores televisivos nos dicen *que viene el coco, que viene la troika...* instalándonos a través de los medios en la cultura del miedo.

2. La consecuencia de esta nueva realidad que nace de las pantallas de la ficción para deteriorar nuestros empleos, nuestros salarios, nuestras condiciones de vida, sea una consecuencia de nuestros malos gobernantes, sea una maldición del destino, sea la estupidez y la avaricia humana que una vez más sufrirá el escarmiento por adorar al becerro de oro..., o sea la maquiavélica invención de un guionista perverso, lo cierto es que estamos viviendo una *contrarrevolución* desde el poder fáctico que en pocos años está echando por la borda conquistas sociales, que ha puesto en seria amenaza conceptos que creíamos indiscutidos o conquistados como la democracia o la libertad, la igualdad y la solidaridad... esos principios básicos que inspiran todas las constituciones y todos los idearios políticos dignos de ser así llamados.

### **3. EL PAPEL DE LA TELEVISIÓN**

La televisión fabrica nuestra realidad pero no puede redimirnos de ella. Hace muchos años que dejó de ser un electrodoméstico o una caja-tonta, hoy es un epicentro multi-pantalla al que no sólo miramos sino que hoy más que nunca también nos ve y nos controla, como un panóptico, un *Big Brother* omnipresente sobre el que gravitan nuestras vidas de ciudadanos-audiencia con voto y capacidad de compra. Nuestra reflexión de hoy es: ¿cuál es el papel de la televisión en un mundo que se transforma?, pero sobre todo, ¿qué podemos esperar, o diríamos, qué debemos exigir de una televisión y de unos medios audiovisuales que cumplen una función social y deben aportar a la ciudadanía un derecho fundamental, que es el derecho a la información y a la cultura, sin invadir nuestras conciencias?

#### **3.1. LOS MEDIOS DIGITALES EN LA ESPAÑA DE HOY**

El papel preminente de la televisión está cediendo terreno ante el avance de las redes sociales, el periodismo digital y los numerosos canales que se multiplican cada día como emisores de imágenes a través de la red. Ese mundo digital de iconos y palabras que alimenta nuestra memoria colectiva es sin duda algo más que esa maraña confusa o desestructurada que aparenta ser, pese a que en el imaginario colectivo se desdibuje la figura del Emisor en aras de la multiplicidad y el anonimato, pero atrapados en red.

El fenómeno de crisis social y mediática al que asistimos, se caracteriza, al menos, por tres dinámicas:

1. Los movimientos anti-sistema, los movimientos ciudadanos, las minorías, las causas sociales de los desfavorecidos, etc., es decir, quienes claman contra la corrupción, los que sufren el paro, los desahucios, los problemas en la sanidad, la educación, la injusticia, la desigualdad social creciente, la pérdida de derechos laborales; y también los emigrantes, los jóvenes que se tiene que ir del país para buscar un trabajo, o los que se quedan sumidos en la depresión... los ciudadanos airados, los indignados, los antisistema, etc, es decir, los que tienen más difícil acceso a los grandes canales de la televisión, han encontrado en las redes sociales, los blogs personales y otros canales de expresión a través de internet, un cauce de comunicación social, de expresión y de movilización que está transformado tanto la sociedad como la propia actividad de los medios. Ellos están siendo los grandes protagonistas mediáticos de esta crisis. La pregunta a hacerse es si esta pluralidad y facilidad de elaboración y acceso libre a la información (sin duda en crecimiento, que está expresando libremente la negatividad, la rabia, la crítica, el pesimismo, el clamor, el llanto, el desahogo y la protesta..., etc.) es decir, si esta fiebre de blogs y redes sociales a las que asistimos, ¿están consiguiendo articular cauces de representación, críticas constructivas, propuestas eficaces para ofrecer un modelo social alternativo al modelo que se desmorona? Para conseguir esto, evidentemente, no bastan cauces de expresión, hace falta complementarlos con movimientos reivindicativos que aglutinen, representen, lideren y tengan presencia efectiva en la vida pública, en convergencia con el sistema (si es lo que se pretende modificar) y no en paralelo o en contraposición (que solo podrían fructificar a través de movimientos revolucionarios o que violenten el orden jurídico establecido). Los movimientos ciudadanos que propugnan una nueva forma de representación, es decir, quienes no se sienten representados por los que gobiernan o por los políticos del arco parlamentario, a su vez necesitarán encontrar cauces de comunicación para la función pedagógica, un mensaje que esta misión requiere, pero ésta solo será posible si consiguen articular un discurso efectivo, sólido, que recupere los valores que dan sentido a la democracia sin caer en posiciones partidistas o excluyentes. Y sobre todo, si disponen de los canales de comunicación necesarios para expresar sus ideas y sus principios, como quiere garantizar nuestra constitución, en sintonía con sus audiencias y respondiendo a la función social y al papel relevante en la vida social que damos a los medios.

2. Las televisiones públicas parecen sumidas en su propia crisis: de identidad, de financiación, vampirizadas por poderes políticos que pervierten así un principio constitucional, que establece que las televisiones públicas son de todos y para todos los ciudadanos. Desde su posición prevalente, los canales públicos mayoritariamente controlados desde los gobiernos están intentando no sé si explicar la crisis o más bien justificar las acciones de los gobiernos para dar respuesta a los problemas, siempre bajo un riguroso control de la información y en medio de una brutal crisis de financiación. Conviene recordar que desde el gobierno central del Partido Popular se ha modificado unilateralmente el acuerdo al que se llegó en la anterior legislatura para profesionalizar y consensuar el funcionamiento de RTVE (una vez que se completó el objetivo de entregar la totalidad de la tarta publicitaria a las cadenas privadas), y otra vez asistimos, tras la reforma legal impuesta por su mayoría parlamentaria, a un renovado ejemplo de televisión gubernamentalizada, sin modelo económico, partidista, oficialista y en decadencia; un modelo de desconcierto, que a veces estorba y se quiere aunque no se puede vender (como pasa en Telemadrid, o con las instalaciones en Prado del Rey de RTVE).

Cuando reviso estas líneas para su publicación, estalla en Grecia la bomba sobre la repentina decisión gubernamental de la suspensión de emisiones de la radiotelevisión pública (ERT) y la necesaria intervención del Consejo de Estado (Tribunal Supremo administrativo del país heleno) ordenando la reanudación de las emisiones hasta tanto no se cree una nueva televisión pública dimensionada para los tiempos de crisis. ¿Es un ejemplo premonitorio de política gubernamental sobre los medios públicos como respuesta a la crisis? ¿La

confrontación entre los gobiernos que gestionan y los principios básicos de convivencia que regulan las leyes? Sin pretender comparar modelos ni ser agoreros, el ejemplo griego se ha demostrado ser una avanzadilla de políticas europeas, de las recetas de los mercados que pervierten las ideologías... Deberíamos reflexionar sobre ello, sin poner demasiada distancia. Como suele decirse, *cuando las barbas del vecino veas pelar...* La reflexión, volviendo al caso español, creo que debería ir orientada a la necesidad de reforzar nuestras convicciones, de recuperar un modelo que no entregue unilateralmente la función de la televisión pública a un gobierno coyuntural, por mucha mayoría absoluta que tenga, pues mayoría no significa vulnerar principios constitucionales (como ha tenido que recordarse en Grecia). Un modelo de consenso, para todos y sostenible, adecuado a lo que este país puede financiar para dotarse de un servicio público tan importante y necesario para cumplir la función social que proclama el artículo 20.3 de nuestra constitución.

Resulta inevitable la comparación entre la inoperancia y la inercia clónica que retroalimenta a la televisión de hoy con el papel relevante de la televisión de la transición. Hay una diferencia esencial. En aquel momento histórico existía el consenso político que facilitó la transición democrática y este consenso político, ese objetivo común de consolidar un nuevo modelo de convivencia, fue el que permitió que la televisión gubernamental de entonces cumpliera con eficacia una labor de servicio público, como fue el de contribuir a explicar y a consolidar el cambio democrático que vivió la sociedad española. Por el contrario, ni la televisión pública recompuesta del *zapaterismo* (que subvencionó una carísima reconversión sin consolidar un modelo sostenible) ni la televisión regresiva gubernamental del Partido Popular, en ningún caso parecen haber servido para consolidar un modelo ni parecen haber conseguido ese papel socialmente relevante que garantice el derecho de todos a una información plural, que es su razón de ser y su amparo legal. Así quienes gobiernan y controlan la televisión tal vez podrán mantener sus argumentos o posiciones ante los ciudadanos que les votan (lo que podría parecer su única preocupación), pero difícilmente la televisión cumplirá el objetivo de servicio público que le encomienda nuestra constitución si es tan marcadamente restrictiva o carece de un marco legal y financiero que garantice su sostenibilidad. La televisión se consideraba importante cuando era pobre en canales pero prevalecía la ambición ideológica; la televisión se considera una muestra del despilfarro cuando es prolija en canales y prevalece el bolsillo sobre las ideologías.

En conclusión, creo que antes de vender nuestra dignidad en los mercados, como si cotizase en bolsa, cabe exigir que se cumpla la constitución y se dote a esta sociedad ya de una vez de una televisión pública de verdad, con un modelo estable y sostenible, y no de un sucedáneo gubernamentalizado, ruinoso o disminuido para dejar el campo abierto a las cadenas privadas (¿Es el fondo lo que se pretende desde muchas posiciones en el poder político y en la industria de la información?)

**3.** Las grandes cadenas privadas han consolidado una política de pactos que les ha permitido corregir la mala planificación de una oferta de canales muy superior a las posibilidades reales de financiarlos mediante el vulnerable mercado de la publicidad, víctima propiciatoria de una crisis que afecta fundamentalmente a la capacidad de consumo de los ciudadanos. Sus políticas de programación están orientadas exclusivamente a competir por la audiencia y por la publicidad, naturalmente. Sus intereses comerciales y el sistema de libre mercado parecen avalar sus políticas de programación consagradas a la decadente cultura del ocio. Es curioso observar los rating de audiencia de las grandes series de ficción que emiten estas cadenas para comprobar hasta qué punto existe una desconexión absoluta entre la realidad social del país en crisis y los modelos de realidad que recrea la ficción televisiva. Si se me permite la comparación, recuerda a aquella España de la posguerra en la que el cine franquista se consagraba a los temas folklóricos, las glorias imperiales, los temas históricos, mundos de aristócratas anacrónicos servidos por criadas y mayordomos y algunas

excepciones notables de comedias costumbristas. Nunca la ficción televisiva mintió tanto sobre la realidad social del país. Por otro lado, respecto a la política informativa, parecería hipócrita exigir a los espacios informativos de las cadenas privadas lo que ni tan siquiera ofrecen los de los canales públicos. De igual modo, aunque la cultura brille por su ausencia, me parecería una ingenuidad responsabilizar a las cadenas privadas por no aportar lo que no aportan los canales públicos, que en aras de la supervivencia económica han desdibujado en sus políticas de programación su razón de ser como organismos públicos.

Parece oportuno abrir diferentes líneas de debate, ante la necesidad de articular una reflexión para no navegar a la deriva, ni menospreciar el precedente griego en lo que tiene de estrategia ideológica para dismantelar el concepto social respecto al papel de los medios: por criterios de rentabilidad económica y *ratings* de audiencia cara al mercado publicitario, difícilmente una política empresarial dejará de estar al lado de los poderes fácticos del sistema (los bancos, los gobiernos, las instituciones...) Es necesario mantener la reivindicación ideológica del papel relevante e imprescindible de los medios de comunicación para dotarnos de una sociedad abierta, libre y plural. La reflexión, creo, ante la incapacidad de los gobiernos para crear modelos sostenibles de televisión pública, debería al menos contemplar la necesidad de establecer un mecanismo regulador del funcionamiento de las televisiones privadas para consensuar sus límites y sus objetivos de una forma racional, respetuosa con la libertad de mercado pero también respetuosa con los ciudadanos. En este sentido, cabe denunciar que, como medida de recorte, la llamada Ley de Economía Sostenible ha invadido sin consenso político escenarios que precisan de alguna forma de regulación, entre los que se encuentra el de los medios audiovisuales, echando por tierra el Consejo Estatal para regular la actividad del sector audiovisual para adecuarse a los tiempos de la comunicación digital tanto en el sector público como en el privado, tal como establecía la Ley Audiovisual del año 2010. ¿Regular algo tan importante es un lujo del que se puede prescindir?

Resumiendo, y dejando al lado las televisiones temáticas, los canales locales, de pago, etc, es decir, otras formas minoritarias de hacer la televisión, que sin duda merecen un espacio propio, intento sintetizar en cinco grandes líneas las tendencias de este imaginario que se construye a través de la televisión en tiempos de crisis (considérense cinco líneas de análisis para un debate necesario):

1. La proliferación de canales y recursos en red a través de internet está modificando las formas de consumir la información (cada vez más televisión por red, en detrimento de la emisión digital terrestre). Se reduce el peso institucional del emisor, multiplicando los cauces de opinión, pero aportando poco al análisis y a la estructuración de la información, que es una necesidad fundamental para que la televisión cumpla esa función social relevante que desde aquí reclamamos.
2. La multiplicidad de puntos de vista y la accesibilidad a la elaboración y el consumo de la información amenaza el deterioro de las grandes empresas de la información. La pregunta es: ¿esto no lo van a permitir los imperios económicos e ideológicos que los sustentan? ¿Cabe esperar una gran guerra mediática cuando los más poderosos en la industria audiovisual vean como una amenaza el mundo desestructurado de la información que nace de internet?, ¿Sólo sucederá esto si el discurso popular llega a articularse y amenazar verdaderamente el sistema?
3. La degradación progresiva de los grandes canales públicos generalistas. La crisis crónica de un modelo de televisión pública, tan difícil de consensuar en la España de hoy como tantas otras cosas esenciales: un modelo para la sanidad, para la educación, para la articulación de los territorios, para la imagen exterior... ¿La televisión podría/debería a servir para trabajar por los consensos sociales que a su vez ella

misma necesita?

4. Parece que se debe prestar atención a la desprofesionalización del discurso del informador, consecuencia del auge de las redes sociales y el poco tejido profesional de los nuevos medios digitales. ¿Un periodismo de calidad, una comunicación de calidad, requiere formación, objetivos, compromisos, talentos y rigor en el uso social de la información veraz, objetiva e inteligente?

5. En consecuencia, dada la enorme dispersión del discurso que propende solo a la confrontación sin articular el análisis, en un clima social de deterioro de la sociedad que afecta a aspectos fundamentales como el trabajo, la salud y la educación, ¿lo que los medios están instalado en el imaginario colectivo es el sentimiento básico de impotencia e incomprensión? ¿El desánimo? ¿El pesimismo? ¿La sensación de sometimiento, de alarma social, caldo de cultivo de la picaresca y rara vez de la solidaridad? ¿Deberíamos de trabajar para encontrar la forma de combatir esto?

### **3.2. PROPUESTAS: QUÉ CABE ESPERAR DE LA TELEVISIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS**

Si llevamos al diván del psicoanalista al imaginario colectivo de nuestra crisis que está creando la televisión, creo que uno de los grandes problemas que tendríamos que resolver es el del desánimo, la negatividad, la pérdida de la ilusión y de la esperanza. Si la sociedad española está perdiendo la fe en sus políticos, ¿el riesgo es que por extensión perdamos la confianza en el propio sistema democrático y de representación? ¿Estamos confundiendo con el despilfarro, o como algo prescindible, susceptible de ser abaratado, los principios constitucionales que son garantía de un sistema de valores, en un sistema ético y moral en el que todos los ciudadanos puedan encontrar principios básicos para compartir un modelo de convivencia? ¿Estamos negociando con la dignidad? ¿Estamos confundiendo, como el necio, el valor con el precio?

Si la televisión aspira a mantener el papel y la función relevante que tuvo antaño: ¿Qué podemos pedir al medio audiovisual para que esté a la altura de las circunstancias históricas que vivimos?

Como sugerencia final para ese debate que hemos definido como necesario, me permito recordar diez funciones clásicas de la televisión cuya supervivencia cabe esperar para una nueva televisión digital adaptada a las necesidades de la sociedad en tiempos de crisis, una televisión digna de ser protegida y valorada como un servicio público esencial para regular nuestra convivencia:

1. Reflexión y espacio para el análisis.
2. Cauces de participación.
3. Pluralidad, que no haya exclusiones, que se escuche la voz de todos.
4. Imaginación constructiva, capacidad de mostrar nuevas formas de vida.
5. Liderazgo, capacidad para servir de faros de solidaridad en medio de la crisis.
6. Contribución a un discurso solidario, común, de concordia, de pactos sociales.
7. Ejemplaridad. Que contribuya a dignificar la vida pública.
8. Energía, trabajo, talento. Que ofrezca espacio a la cultura del trabajo frente a la simple cultura del ocio que tanto daño nos hizo.
9. Mecanismos de regulación y financiación que los medios de comunicación no dependan

exclusivamente de la publicidad. Que la televisión deje de ser el soporte de la fábrica de los deseos que la sociedad no puede permitirse.

10. Protección a aquello que tanto nos costó conseguir: un modelo de convivencia democrático, una constitución, un estado del bienestar, un modelo sanitario, el derecho a la educación, a la vivienda... Respeto máximo a quienes pueden garantizarlo: las leyes, las instituciones y las personas que las representan.

Además, creo que se debe exigir un sentido de la responsabilidad en los profesionales que intervienen en la comunicación. Creo que hay que trabajar para que el sector audiovisual en su conjunto contribuya a esa regeneración social, moral, ideológica que todos deseamos.